Políticas públicas de ciencia y tecnología en la Argentina: un análisis a través de la trayectoria de Sara Bartfeld Rietti

Guillermina Tracanelli
Escuela Sara Bartfeld Rietti / Universidad Nacional de Rosario

La escritura –más precisamente el ejercicio de elaborar una idea y que la misma vaya tomando forma a través de ese inquietante tejido de palabras, oraciones, párrafos, textos– es, entre otras cosas, un acto ético hacia nosotros mismos y hacia otros que nos cedieron sus palabras.

Este escrito propone un entramado: una científica argentina, Sara Bartfeld Rietti; una relación, entre las políticas públicas en ciencia y tecnología en la Argentina; y un compromiso, expresar una posición fundamentada y comprometida respecto del lugar que tiene el desarrollo científico nacional para el bienestar social.

La búsqueda de reflexionar sobre las políticas públicas de ciencia y tecnología en la Argentina, y de hacerlo a través de la figura de Sara Bartfeld Rietti, intenta poner en evidencia los climas de época: aquellos que marcaron sus inicios en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires (UBA) en 1949, durante el primer período del gobierno peronista, hasta su paso por la Secretaría de Ciencia y Tecnología en el gobierno del Dr. Raúl Alfonsín, para ponerlo en diálogo con el presente. Aquí toma relevancia, de modo transversal al escrito, considerar además cuestiones de género para pensar y repensar la impronta de un ámbito históricamente masculinizado.

Para construir esta mirada del presente, se incorporan las voces de investigadoras e investigadores en actividad, entre ellos la Doctora Martina Avalos, la Doctora Dana Negretti Borga, y el Licenciado Dídac Terre, cuyos aportes permitirán contrastar la experiencia de Sara Bartfeld Rietti con las políticas y condiciones de trabajo que atraviesa hoy la comunidad científica.

Retomando la idea inicial acerca del acto ético que se construye en la escritura, en este caso, el trabajo tomará forma de una carta dirigida a la propia Sara Bartfeld Rietti. Esta elección se fundamenta en un lazo de identidad institucional, ya que Sara Bartfeld Rietti da nombre a la escuela donde se realiza mi propio trayecto educativo, y en que su trayectoria funciona como clave de lectura para dialogar con los debates actuales sobre presupuesto, género y gestión del conocimiento.

Querida Sara:

Te escribo para contarte en qué momento de la ciencia argentina estamos hoy. Tarea compleja si me detengo a pensar en todo aquello por lo que pasaste sobre todo en tus inicios, porque algunos escenarios resultan familiares a pesar del tiempo transcurrido.

Recuerdo cuando comenzaste Química en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la UBA en 1949, en pleno primer período del gobierno peronista (Alcaraz, 2017). Fue un período en que el Estado argentino decidió, de manera inédita, intervenir activamente en la orientación de la ciencia y la técnica: en 1949 se creó el Ministerio de Asuntos Técnicos, y poco después organismos estratégicos como la Comisión Nacional de Energía Atómica (CNEA) en 1950 y el Instituto de Investigaciones Científicas y Técnicas de las Fuerzas Armadas (CITEFA) en 1954 (Bekerman, 2015). Fue una política de Estado centralizadora, que priorizó la investigación aplicada y tecnológica, ligada a las necesidades industriales y militares, por sobre una ciencia básica desvinculada de objetivos nacionales.

Y, sin embargo, ese mismo gobierno que impulsaba la CNEA con una mano, con la otra intervenía las universidades y recortaba su autonomía. Fue justamente esa intervención de tu facultad la que, en 1953, te dejó sin aula ni mesa donde rendir tu última materia, y te obligó a examinarte en la CNEA de Bariloche (Alcaraz, 2017). Así, casi por azar, te convertiste en la primera química nuclear del país. Pienso en esa paradoja como el primer "reactivo" de tu historia: una política científica que, en simultáneo, abría una institución de vanguardia y cerraba la puerta de la universidad pública. No fue una decisión tuya, fue una política la que te puso en ese lugar; pero lo que hiciste después con ese lugar, eso sí fue enteramente tuyo.

Después de 1955, comenzó a delinearse una "modernización académica", impulsada por organismos internacionales como la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO, 1945; Bekerman, 2015). En 1958 nació el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), con presupuesto propio, y en 1961 se creó la Carrera del Investigador Científico y Tecnológico: la investigación dejaba de ser una vocación de ratos libres y se convertía en una profesión (Bekerman, 2015).

Esos años fueron el momento en que el "reactivo" institucional por fin encontró condiciones estables para reaccionar, financiamiento, carrera profesional, vínculo con la docencia. Vos no creaste ese sistema, pero fuiste catalizadora desde tu lugar en la cátedra.

Y en 1966 llegó la impureza que lo rompió todo. El gobierno de Onganía consideró que las universidades eran focos de "infiltración revolucionaria" e intervino violentamente la autonomía universitaria (Bekerman, 2015). Luego aquel fatídico 29 de julio: la Noche de los Bastones Largos. Tuviste que renunciar, pero en lugar de exiliarte convertiste tu propia casa en

el centro desde el que ayudaste a otros investigadores a partir hacia Chile, Brasil y Venezuela (Alcaraz, 2017; Wikipedia, s.f.). Mientras la política rompía el sistema, vos seguiste catalizando, aunque ya no desde un laboratorio, sino desde tu living.

Años más tarde, el golpe de 1976 inauguraba la etapa más violenta de esa historia: el régimen militar transfirió una porción enorme de los recursos presupuestarios desde las universidades nacionales hacia el CONICET, vaciando de capacidad de investigación a las aulas y profundizando la escisión entre investigar y enseñar que todavía hoy seguimos discutiendo (Bekerman, 2015). Recién en 1983, con la vuelta de la democracia, Manuel Sadosky te convocó como jefa de gabinete de la Secretaría de Ciencia y Tecnología, con la tarea de repatriar a quienes habían tenido que irse (CONICET, 2017; Wikipedia, s.f.).

Menciono todo esto, Sara, porque hoy, cuarenta años después de aquella reconstrucción, la pregunta que tu generación creyó haber saldado volvió a abrirse: ¿la ciencia es un gasto público que hay que recortar o una inversión de la que depende la soberanía de un país? Diego Hurtado (2024) plantea exactamente esa disputa como el eje de los últimos cuarenta años de democracia: de un lado, gobiernos que identifican a la ciencia y la tecnología con un gasto a ajustar en cada crisis; del otro, gobiernos que la entienden como un pilar del desarrollo, ligado a la industria, el trabajo y la equidad. Hoy esa primera visión es la que conduce. Desde diciembre de 2023, la ejecución del presupuesto nacional para Ciencia y Tecnología acumula una caída de alrededor del 50% en términos reales y se proyecta que en 2026 represente apenas el 0,14% del PBI, el nivel más bajo desde que existen registros en 1972 (CIICTI, 2026; Mongabay, 2026). El CONICET perdió entre 2024 y 2026 más del 40% de su financiamiento real, los salarios de sus investigadores cayeron alrededor de un 40%, y se discontinuaron nuevos ingresos a la carrera de investigador (CIICTI, 2026; Rebelión, 2025). La Ley 27.614, que establecía un aumento progresivo y sostenido del presupuesto científico, está hoy suspendida por decisión del propio gobierno (Beraza, 2024). Y, como en 1966 y en 1976, una parte de esa comunidad científica vuelve a hacer las valijas: entre fines de 2023 y 2025 se perdieron casi 6.000 puestos de trabajo científico en el sistema público (Mongabay, 2026).

Pero este ajuste no golpea parejo. Dídac Terre, licenciado en Gestión Cultural, señala que el desfinanciamiento se ensaña con precisión sobre determinados ámbitos: las ciencias sociales, las humanidades, las artes y los proyectos de investigación comunitaria, que no tienen retorno comercial inmediato, y que son justamente los espacios donde hay mayor concentración de mujeres y disidencias sexogenéricas. Dana Negretti Borga, doctora en Ciencias Químicas, lo confirma desde su propia experiencia: cuenta que los reactivos son carísimos, que hay personas a las que les otorgaron un subsidio, pero todavía no se lo pagan; de modo que, entre

la demora y la devaluación, lo que se gana en una convocatoria competitiva termina no alcanzando para nada. Así, como señala la propia Negretti Borga, el resultado es el mismo del que hablábamos en 1966 y en 1976: la fuga de cerebros, solo que esta vez no hace falta una dictadura para producirla, alcanza con dejar de pagar a tiempo.

Quien hoy dirige el laboratorio de microscopía electrónica del Centro Científico Tecnológico (CCT) de Rosario, Martina Avalos, lo describe de un modo que se parece mucho a lo que vos mismo denunciabas: siente que la comunidad científica está "huérfana" de política científica, porque los planes a largo plazo se cancelan de un día para el otro y nadie explica qué país se quiere construir de acá a diez o veinte años. Para ella, como para vos, la financiación de la ciencia no debería ser una variable de ajuste, sino una política de Estado sostenida en el tiempo, porque un país que no decide qué investigar termina dejando que otros decidan qué hacer con sus recursos. Avalos lo dice con otras palabras pero con la misma lógica que vos seguías junto a Oscar Varsavsky: si no financiás conocimiento propio, otro se lo lleva, ya sea el litio o la gente formada para extraerlo.

Pero hay otra variable que atraviesa todo este experimento y que no podemos dejar afuera: el género. Hubo un tiempo en el que no hizo falta una política para que el campo nuclear fuera un campo de varones: simplemente lo era, y vos fuiste la excepción que confirmó la regla. Según datos del propio Organismo Internacional de Energía Atómica (OIEA, 1957), hoy, casi ochenta años después de que empezaras a estudiar, las mujeres siguen representando apenas el 22,4% de la fuerza de trabajo en el sector nuclear a nivel mundial; el organismo identifica al "techo de cristal" y a los sesgos, conscientes e inconscientes, como dos de las causas centrales de esa brecha (OIEA, 2019).

Avalos señala algo que me parece clave para pensar la política científica de hoy: cuando uno mira la estructura del CONICET, hay muchísimas mujeres en la base, becarias, técnicas, pero cada vez menos a medida que se sube en los estamentos de poder. Es decir, la desigualdad ya no se nota tanto en quién entra al sistema, sino en quién llega a decidir sobre él. Y quién decide sobre el sistema es, ni más ni menos, quién termina definiendo la política científica.

Dídac Terre explica el mecanismo detrás de ese dato: dice que el sistema científico se autopercibe como un faro de progreso, pero hacia adentro funciona con lógicas verticalistas, el feudo del director de instituto, el derecho de piso, una asimetría brutal entre las altas direcciones técnicas y quienes recién empiezan. Por eso cree que herramientas como la Ley Micaela no son un mero trámite, sino lo que rompe el pacto de silencio que sostenía esas jerarquías.

Por su parte, Dana Negretti Borga, advierte que repensar las cuestiones de género no implica reducirlo a una cuestión de paridad entre mujeres y varones porque eso deja afuera una desigualdad mucho más profunda.

Esto me lleva a la pregunta que no puedo dejar de hacerme, Sara, y que te la hago a vos porque fuiste catalizadora de tu propio campo: si metemos la variable género dentro del experimento de la política científica, ¿el sistema se estabiliza o explota? ¿Hace falta diseñar políticas que tengan en cuenta el género, becas, licencias, cupos, programas de captación, o eso "contamina" la supuesta neutralidad de la ciencia y de quienes la financian?

Te voy a responder esa pregunta, Sara, porque me parece que vos misma ya tenías la respuesta mucho antes que yo.

No existe una política "neutra": cuando el Estado no decide activamente qué investigar y cómo corregir las asimetrías de base, no es que la ciencia se vuelve más pura, sino que esa decisión queda en manos de quien sí tiene intereses propios, el mercado, una corporación, o un organismo internacional. Eso es, ni más ni menos, lo que vos hiciste cuando, ya en democracia, fuiste jefa del Gabinete de Ciencia y Tecnología junto a Sadosky para repatriar a los científicos exiliados (CONICET, 2017): elegiste activamente qué país de ciencia se quería construir, en vez de esperar que el sistema se autorregulara.

Pienso lo mismo respecto del género. Frente a quienes hoy reclaman una "neutralidad técnica" o una meritocracia que se dice ciega al género, yo creo lo contrario: esa supuesta ceguera es la que permite que el sesgo siga actuando sin que nadie lo nombre. La pureza de un dato científico no se consigue mirando para otro lado, se consigue limpiando el método de las impurezas que genera la desigualdad estructural. Por eso defiendo que financiar activamente la inserción de mujeres en áreas STEM, aplicar la Ley Micaela en laboratorios y centros de investigación, o extender las becas por maternidad no son intervenciones que "ensucian" la ciencia; son, justamente, el filtro que la vuelve más pura.

Pienso lo mismo respecto del financiamiento. Dejar la investigación librada a la oferta y la demanda, al supuesto rigor del mercado, no hace más neutral a la ciencia de un país como el nuestro: la condena a la subalternidad, a depender de las prioridades de otro. Sin un reactivo presupuestario fuerte, centralizado y sostenido, como el que en los años cincuenta hizo posible la CNEA y te formó a vos como la primera química nuclear del país (Bekerman, 2015), las líneas de investigación terminan supeditadas a quien sí pone la plata: una corporación, un organismo internacional. Eso no solo profundiza la pérdida de soberanía que ya estamos viviendo con la nueva fuga de científicos de estos últimos años (Mongabay, 2026), sino que

además desfinancia justamente las áreas que no dan rédito inmediato pero que un país necesita para su bienestar y su autonomía tecnológica.

Si miro todo el recorrido que te conté en esta carta, encuentro ahí mismo las piezas de lo que defiendo: un sistema científico que aspire a los más altos estándares de calidad internacional, pero cuyas prioridades sigan ancladas en las demandas de nuestro propio territorio, y en corregir activamente las asimetrías que durante setenta años dejaron a las mujeres en la base de la pirámide y no en su conducción.

Recupero, en definitiva, la bandera de la ciencia rebelde de Varsavsky y el compromiso público que tuviste en el gobierno del Dr. Raúl Alfonsín, pero la adapto a lo que nos exige hoy: financiar la ciencia, con perspectiva de género, no es un gasto. Es la única manera de que el experimento social y tecnológico argentino no termine clausurado por otro proyecto de desmantelamiento.

Gracias por haber sido catalizadora, Sara. Espero que esta carta sirva, aunque sea un poco, para seguir filtrando esas impurezas.

Con respeto y admiración, Guillermina.

Referencias bibliográficas

Alcaraz, M. F. (2017, 1 de junio). La mujer nuclear: 60 años de ciencia y política. *Revista Anfibia*. https://www.revistaanfibia.com/la-mujer-nuclear-60-anos-de-ciencia-y-politica/

Bekerman, F. A. (2015, 1 de diciembre). El desarrollo de la investigación científica en Argentina desde 1950: entre las universidades nacionales y Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. *Revista Iberoamericana de Educación Superior (RIES), 7*(18), 3-23. https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/19296

CONICET (2017, mayo 31). *El CONICET despide a la Dra. Sara Rietti.* https://www.conicet.gov.ar/el-conicet-despide-a-la-dra-sararietti/

Beraza, A. (2024, septiembre 17). *El recorte en el Presupuesto pone a los científicos en el peor nivel desde 2002*. El Cronista. https://www.cronista.com/economia-politica/el-recorte-en-el-presupuesto-pone-a-los-cientificos-en-el-peor-nivel-desde-2002/

Centro Iberoamericano de Investigación en Ciencia, Tecnología e Innovación [CIICTI]. (2026, 12 de febrero). *El 2026 llegó con más recortes presupuestarios a la ciencia argentina*. https://ciicti.org/el-2026-llego-con-mas-recortes-presupuestarios-a-la-ciencia-argentina/

Hurtado, D. (2024, 4 de junio). La ciencia y la tecnología en Argentina en los 40 años de democracia. *Ciencia, Tecnología y Política, 7*(12), e110. https://revistas.unlp.edu.ar/CTyP/article/view/16847

Mongabay Latam (2026, abril 13). *Argentina toca fondo en ciencia y tecnología: la inversión caerá a su nivel más bajo en más de 50 años*. https://es.mongabay.com/short-article/2026/04/argentina-toca-fondo-ciencia-tecnologia-inversion-mas-baja/

Organismo Internacional de Energía Atómica [OIEA]. (2019, 17 de mayo). Más cerca de eliminar la brecha de género en la ciencia nuclear. *Boletín del OIEA, mayo de 2018*. https://www.iaea.org/es/newscenter/news/mas-cerca-de-eliminar-la-brecha-de-genero-en-la-ciencia-nuclear

Varsavsky, O. (1969, noviembre). *Ciencia, política y cientificismo*. Centro Editor de América Latina.

Wikipedia (s.f.). *Sara Rietti*. Recuperado el 27 de junio de 2026. https://es.wikipedia.org/wiki/Sara_Rietti